

BREVE HISTORIA DE LA NAVIDAD

Francisco José Gómez Fernández



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: *Breve historia de la Navidad*

Autor: © Francisco José Gómez Fernández

Copyright de la presente edición: © 2013 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño y realización de cubierta: Reyes Muñoz de la Sierra

Imagen de portada: *Adoración de los Reyes Magos*. Domenico GHIRLANDAIO. 1488. Hospital de los inocentes (Ospedale degli Innocenti). Florencia.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-536-7

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-537-4

ISBN edición digital: 978-84-9967-538-1

Fecha de edición: Noviembre 2013

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-27552-2013

Los que han oído hablar en su infancia de la lucha contra la pena de muerte y conocen el establo (el Belén) y la Buena Nueva han experimentado un gran horror hacia el baño de sangre del siglo xx, han tenido tiempo de asimilar la idea de que destruir a sus semejantes es inadmisibile... Los hombres de los que se han servido para cometer asesinatos masivos no habían oído hablar de nada. Se ganaban la confianza de sus jefes, y luego le cogían gusto a los asesinatos y a los insultos.

Contra toda esperanza
Nadejda Mandelstam

A mis padres y hermanas y a los miembros, pequeños y grandes, de la familia, recién incorporados, por tantas Navidades, cargadas de sentido, merecedoras de recuerdo e inspiradoras de este libro.

Índice

Introducción	13
I. La Navidad en sus inicios	
Capítulo 1. De la indiferencia al entusiasmo.....	19
Introducción	19
A la espera del fin de la historia	20
El origen de los Evangelios de la infancia	21
El lugar de los hechos. La gruta de Belén.....	28
San Nicolás de Myra, un obispo devoto y caritativo ...	33
Y mientras, Roma adoraba al Sol Invicto	43
Capítulo 2. La festividad se define y toma fuerza	49
Introducción	49
A la búsqueda de la fecha del natalicio.....	51
Primeras noticias y sólidas teorías	56
La difusión de la fecha de la Navidad	67
La basílica de la Natividad y la primera liturgia	71

II. La Navidad en la Edad Media

Capítulo 3. Preparaciones, pesebres y ceremonias	81
Introducción	81
A la espera del Niño. El sentido Adviento medieval ...	83
Y antes que el belén fue el pesebre.	
La fuerza de la imagen	86
La Misa del Gallo, alegría y solemnidad para el inicio de la Navidad	90
Capítulo 4. Teatros y belenes, la Navidad toma forma	97
Los autos de Navidad, el pueblo representa su fe	97
Y en aquella Nochebuena nació el belén.....	110
Las representaciones de la Natividad y sus reveladores personajes	118
Capítulo 5. Grandes protagonistas de la Navidad medieval.....	127
Los Reyes Magos y su largo camino de reelaboración. De Oriente a Colonia	127
San Nicolás y su creciente devoción en el Medioevo	140
El árbol de Navidad, un protagonista material.....	142
Capítulo 6. Comidas propias, otras celebraciones y alegrías navideñas.....	147
La surtida mesa de Navidad: capones, gallos y gansos, roscones, mazapanes y turrones	147
Y también se celebraba la Navidad en la España musulmana	152
La alegría en la Navidad medieval.....	155

III. La Navidad en el mundo hispánico

Capítulo 7. Las piadosas y festivas navidades de nuestros Siglos de Oro	167
Introducción	167
Las preparaciones previas y la muy concurrida Misa del Gallo.....	169
Cenas de Nochebuena y comidas de Navidad, la fiesta a la mesa	171
Celebraciones pascuales nocturnas al calor del hogar	178
El nacimiento de los villancicos, el sonido de la Navidad	183
El auge del belén doméstico	194
Los divertimentos públicos. La pasión por el teatro ...	197
Sobre las felicitaciones escritas y la donación de aguinaldos.....	200
Capítulo 8. Los Borbones llegan a España	203
Introducción	203
El origen de la lotería, un juego periódicamente ligado a la Navidad	204
Carlos III y la llegada de los belenes hispano-napolitanos	213
Capítulo 9. La Navidad llega a América	221
«Nuestro señor había hecho encallar la nave para que hiciésemos asiento allí»	221
El desarrollo de la Pascua de Navidad en América ...	223
Conclusión	231

IV. La Navidad en el mundo contemporáneo

Capítulo 10. La Navidad entre el sentido, la fiesta y la frivolidad	237
Introducción	237
El Adviento y las semanas previas al 25 de diciembre	239
Los días de Nochebuena y Navidad	246
La Navidad en los hogares	260
La celebración de fin de año	270
Los Reyes Magos, una fiesta muy española	276
 Conclusión	 285
 Bibliografía	 289

Introducción

Una vez al año, llegadas las fiestas de Navidad, los medios de comunicación insisten en mensajes tales como: «estas son las fiestas más entrañables del calendario», «es tiempo de ser buenos», «como siempre haremos buenos propósitos para el nuevo año»..., como si con la sola llegada de la última semana del mes de diciembre, y por unos días, existiese la obligación moral de añorar, practicar la bondad y hacer proyectos, sin más causa o motivo.

Ante estas premisas, que de darse efectivamente no son despreciables, cabe preguntarse si realmente en esto consiste la Navidad, dado que en no pocas ocasiones la visión que se tiene de la realidad se gesta a partir de lo que se dice, o se ve, a través de los citados medios. La respuesta a la cuestión planteada es negativa. La Navidad no es tan sólo un conjunto de recuerdos, buenos sentimientos e intenciones para el futuro, sino una de las

manifestaciones religiosas, culturales y humanas más importantes de la historia de la humanidad.

Las fiestas de la Natividad de Jesús, o Pascuas de Navidad, son solemnidades esencialmente religiosas, cuyo origen, sentido y desarrollo llenan de fe, contenido y tradiciones las dos semanas de las que hablamos. A lo largo de los siglos, el Nacimiento de Jesús de Nazaret, considerado por los cristianos como el Hijo de Dios, ha constituido, y sigue haciéndolo, una de las bases del credo de casi dos millares de personas en el mundo, que fundamentan su vida sobre los hechos y vivencias que narran los Evangelios.

Por otra parte, y en cuanto se trata de una antiquísima manifestación humana de un conjunto de creencias, también es cultura. En torno a las mencionadas convicciones se han generado liturgias, ritos, prácticas, literatura, música, diversiones e incluso comidas y dulces que le son característicos. La calidad de tales y tan variadas expresiones en muchos casos ha llegado a ser muy alta, dado que el núcleo de la celebración, el nacimiento de una divinidad, así lo requería.

Finalmente, a lo largo de los siglos, la Navidad ha sido una ocasión, y muy especialmente un estímulo, para que el hombre, de nación o cultura cristiana, alcance un mayor grado de humanidad. Las tradiciones, en general, no son importantes por ser antiguas, ni significativas por qué figuras destacadas las introdujeron o practicaron, sino por los principios que se encuentran en su interior. El elenco de valores humanos, y espirituales, que presentan estas celebraciones es realmente elevado, y difícilmente superable. De aquí el que en la actualidad, una gran parte de la población, incluyendo un porcentaje de no creyentes, se identifique con el sentido profundo y humanizador de este período del año, y que la Navidad sea entendida cuando menos con un tiempo para la bondad y la transformación personal.

Este es el objetivo del libro, el de dar a entender el proceso secular de surgimiento y desarrollo de las celebraciones de Navidad, desde un análisis puramente histórico, en el que incluyamos cuantos aspectos han contribuido a su formación, así como el sentido profundo de sus fiestas y prácticas. La exposición de sus tradiciones más señaladas y significativas, que han contribuido a configurar nuestra cultura y visión de la existencia. Y finalmente, la puesta en valor de algunos momentos históricos, en los que los principios intrínsecamente ligados a la Navidad han elevado al ser humano sobre sí mismo, haciéndole merecedor de este nombre.

A fin de facilitar la comprensión de la dinámica seguida por la Navidad, y cuantos aspectos la acompañan, he decidido exponer los hechos por épocas, y no por temas concretos desde su inicio hasta nuestros días, como suele ser habitual. De este modo espero que nos aproximemos con mayor facilidad a cada uno de los períodos de la historia, y al sentir, pensar y celebrar de sus hombres en torno a la Navidad, siguiendo así la evolución de la propia festividad y constatando lo antiguo y reciente de nuestras costumbres. Aunque sabemos que no es exacta, he seguido la división clásica del devenir humano en Edad Antigua, Medioevo, Edad Moderna y Mundo Contemporáneo, con el objetivo de ayudar a una mejor comprensión. En contadas ocasiones, y temas muy determinados, no he respetado tales límites, pues debe primar siempre la claridad en la exposición, algo que espero haber logrado. Debo advertir igualmente que he presentado el sentido de las celebraciones y tiempos religiosos en la primera de las ocasiones en las que podían ser tratados, eliminando en épocas posteriores la repetición de tal explicación. Del mismo modo, y aunque he planteado el libro con el fin de ofrecer una visión global del tema, he dado más relevancia a las Navidades

y tradiciones propias de España, por ser nuestras, abundantes y significativas para los que aquí hemos nacido y crecido.

Nada más me queda por señalar, tan sólo desear que los objetivos se hayan alcanzado, que el lector disfrute con su lectura y que las próximas Pascuas de Navidad sean un período más consciente, enriquecedor y vivo.

Burgos, a 15 de julio de 2013

I

LA NAVIDAD EN SUS INICIOS, UN PROCESO LENTO Y COMPLEJO

Del nacimiento de Jesús a la caída de Roma
Del año 1 al año 476



Catacumbas de Santa Priscila, siglo III.

1

De la indiferencia al entusiasmo

Del siglo I al siglo III

INTRODUCCIÓN

Los primeros trescientos años del cristianismo basculan entre la indiferencia casi total del primer siglo, en lo tocante al nacimiento de Jesús, y la profusión de fechas propuestas en el siglo III, entre las comunidades cristianas, con el fin de celebrar la Navidad. Hasta llegar a este punto, inicialmente hubo de darse un proceso lento, intermitente en el tiempo y, las más de las veces, espontáneo entre los grupos que formaban la Iglesia de los primeros siglos.

Sus hitos, esto es, la redacción de los pasajes evangélicos del nacimiento e infancia de Jesús, las incipientes «peregrinaciones», el primer interés por la gruta de la Natividad en Belén, y la vida de un obispo virtuoso con fama de santo, aun combinados entre sí, no parecían

contar con la fuerza suficiente como para provocar el interés y la atracción que en la tercera centuria alcanzó la Navidad entre los cristianos; y sin embargo así fue.

No hemos de olvidar que la verdadera fuente de persuasión de tal festividad estaba en su mensaje y en la vivencia del mismo. La celebración del nacimiento de Jesús, tal y como lo creían y siguen creyendo los seguidores del Nazareno hoy, constituye la encarnación del Hijo de Dios, esto es, su llegada al mundo hecho hombre para salvarles del pecado y la muerte y mostrarles la vida a seguir.

Por tanto, es desde aquí desde donde hemos de contemplar el surgimiento de los textos de la infancia, las visitas a Belén, o la imitación de las virtudes de un santo del siglo III; desde las experiencias de los fieles y como manifestación de su propia fe, auténtica urdimbre que ligó y cohesionó discretamente sucesos tan distantes, así podremos comprender el desarrollo y trascendencia que paulatinamente alcanzó la Navidad.

A LA ESPERA DEL FIN DE LA HISTORIA

Los cristianos del siglo I no celebraban la Navidad. Su despreocupación por el nacimiento y la infancia de Jesús nacía de su firme creencia en que la segunda llegada de Cristo, la *Parusía*, y con ella el final de los tiempos, era inminente, lo que centró sus miras y prácticas religiosas en la preparación para este momento, en el que la historia alcanzaría su culmen y conclusión. No había, por tanto, necesidad de escribir relatos sobre Jesús, ni de completar su historia o biografía, ya que la inmediata consumación del mundo restaba importancia a tales aspectos. Marcos, en su Evangelio, había reiterado esta proximidad, destacando que, aunque Jesús no había señalado el momento exacto, había de ocurrir en un tiempo muy escaso: «En verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes

que no gustarán la muerte hasta que vean venir en poder el reino de Dios» (Mc 9, 1); «Así también vosotros, cuando veáis suceder estas cosas, entended que [el Hijo del Hombre] está próximo a la puerta. En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todas estas cosas sucedan» (Mc 13, 29-30). Las señales que anunciarían el definitivo advenimiento serían calamitosas: guerras, terremotos, hambrunas y persecuciones contra los cristianos (Mc 13). El fin del mundo tendría lugar simultáneamente a la venida del «Hijo del Hombre», que habría de juzgar a la humanidad, y «reunir a sus elegidos» (Mc 13, 27). Por tanto, y ante esta perspectiva, no es de extrañar que las celebraciones más importantes para los cristianos de, al menos, los tres primeros siglos fueran el bautismo, la eucaristía y la Pascua.

Ahora bien, el siglo I de la era cristiana fue trascendental para la configuración posterior de la Navidad, ya que dentro del mismo tuvo lugar un proceso que orientó definitivamente el camino y sentido que había de tener tal celebración, tanto en su significado global como en sus diferentes partes. La dinámica a la que nos estamos refiriendo es la de la elaboración de los Evangelios y, muy especialmente, a los de Mateo y Lucas, los dos autores que recogieron algunos episodios de la infancia de Jesús.

EL ORIGEN DE LOS EVANGELIOS DE LA INFANCIA

De la reinterpretación del fin de la historia al interés por los sucesos de Belén

Unas décadas después de la muerte del Nazareno, los cristianos habían cambiado sus expectativas. Hacía ya más de medio siglo de los sucesos del Gólgota, y de la resurrección, y sin embargo la segunda venida de Cristo no había tenido lugar. La conclusión que aquellos



San Lucas fue el evangelista que comprendió el sentido que tenía la prolongada espera de la *Parusía*, o segunda venida de Cristo, reorientando la misión de aquellos primeros cristianos en el mundo romano. EL GRECO, *San Lucas* (1602-1607). Museo de la Catedral de Toledo.

primeros fieles extrajeron de esta demora fue que el fin de los tiempos estaba mucho más lejano de lo que ellos mismos habían esperado, y era necesario por tanto replantearse la forma y el sentido de su permanencia en el mundo, hasta que el ansiado advenimiento definitivo se produjese. En esta línea el evangelista con mayor intuición fue san Lucas.

Este, discípulo de Pablo, fue el autor del tercer Evangelio y del libro de los Hechos de los Apóstoles, obras ambas finalizadas como mucho hacia el año 90. Lucas, hombre culto, y de origen gentil según algunos

indicios, quiso dar respuesta en sus escritos al desaliento de su comunidad, cansada ya de la prolongada espera de la *Parusía*. Para ello interpretó el sentido de aquella expectativa, afirmando que semejante demora había sido instaurada por el Espíritu Santo, y que constituía un bien y un medio divino en sí misma, pues tenía por objetivo continuar la obra de Cristo en el mundo, a través de sus comunidades cristianas. No importaba tanto el final como el que la Iglesia aprovechara ese tiempo que se le concedía: «... y que se predicase en su nombre [el del Mesías] la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones, comenzando por Jerusalén» (Lc 24, 47). Esta certeza queda expresada claramente por Lucas en su segunda obra, los Hechos de los Apóstoles, en la que relata la labor del Espíritu Santo en la Iglesia, y el peso determinante de la figura de Pablo, cuya visión universal del Evangelio comparte su discípulo.

El evangelista san Mateo, por su parte, llegó a la misma conclusión, aunque de manera independiente a Lucas, pues sus obras se elaboraron claramente por separado. La *Parusía* se había retrasado, pero Cristo vendría, sin duda, por segunda y definitiva vez, cuando la Iglesia hubiese predicado el Evangelio a todo el mundo; entonces llegaría el final: «Se proclamará esta buena nueva del Reino en el mundo entero para dar testimonio a todas las naciones. Y entonces vendrá el fin» (Mt 24, 14).

Ahora bien, la reinterpretación de la realidad que ambos acometieron a partir de las experiencias vividas no se ciñó exclusivamente a la cuestión del final, sino que abarcó una serie de aspectos esenciales para la vida de sus comunidades. Lucas explica a sus hermanos cristianos que las persecuciones, y pruebas, a las que se ven sometidos, no son un signo de que el final de los tiempos está cerca, sino más bien una consecuencia derivada de la propia condición del discípulo de Jesús; aunque, igualmente, invita a los miembros de su asamblea a no relajarse en

sus exigencias de vida, pues pese al tiempo transcurrido, y aunque todavía no lo ha hecho (Lc 21, 8-9), lo único cierto es que Cristo vendrá de repente (Lc 21, 34-36), cuando menos se espere: «Vosotros estad también preparados, porque en el momento menos pensado vendrá el Hijo del Hombre» (Lc 12, 40).

De aquí que Lucas, a lo largo de sus escritos, recomienda a su grupo que se prepare para vivir dilatadamente en el tiempo, y en el mundo, y más en concreto, dentro del marco político, y cultural, del Imperio romano, con el que no encuentra motivo de conflicto. Él mismo se considera un ciudadano leal al Estado, y no ve causa importante para un radical enfrentamiento entre Roma y la Iglesia. En su Evangelio, personajes no judíos, como el centurión o el buen samaritano, son modelos de fe y caridad respectivamente, incidiendo en la universalidad del mensaje cristiano. Incluso, el juicio negativo y severo que, en opinión de san Lucas, merece el prefecto Poncio Pilato se debe más a la incompetencia y cobardía del mismo que a su origen o cargo. Por el contrario, la mayor parte de la responsabilidad y de la culpa en los hechos de la detención y muerte de Jesús recae sobre los judíos y su jerarquía sacerdotal.

En definitiva, tanto Lucas como Mateo reorientaron la expectativa de aquellas primeras comunidades cristianas, justificando la tardanza de la *Parusía*, redefiniendo su misión en el mundo y alentándolas a vivir en él, aceptando las consecuencias derivadas de su estilo de vida y la necesidad de organizarse por no se sabe cuánto tiempo, quizás mucho.

Con los años, la extensión de este análisis de la realidad entre el resto de asambleas cristianas fue la causa que llevó a la elaboración de los pasajes evangélicos dedicados a la infancia de Jesús y, a la larga, a la celebración de la Navidad. Ahora, por fin, y preparados ya para permanecer en la tierra, había tiempo, no urgía la preparación



San Lucas hizo ver a los cristianos de su tiempo que las persecuciones, lejos de ser un síntoma de la inminencia del fin del mundo, eran la condición del discípulo de Cristo.

Catacumbas de San Calixto (s. II), Roma.

para el fin de la historia, y tenía sentido completar el relato de la vida de Jesús, para conocer más, y en profundidad, la biografía del Mesías. Los cristianos, por tanto, querían saber más sobre su maestro.

A este deseo se sumó la propia expansión del credo cristiano —presente ya, a fines del siglo I, en Siria, Asia Menor, Egipto, Chipre, Grecia, Italia y otros lugares—, que exigía una mayor articulación de las comunidades y mejor formulación de las creencias. En este sentido, tanto Mateo como Lucas no se limitaron a realizar una mera semblanza, o a rellenar algunas lagunas existentes en la vida de Jesús, sino que fundamentalmente sus relatos se elaboraron con un fin teológico: demostrar que en Jesús se cumplían las profecías que anunciaban la llegada del Cristo, desde el mismo momento de su concepción y nacimiento.

Y en Jesús se cumplieron las profecías.
Sentido del nacimiento e infancia de un dios

Los Evangelios no son libros de historia, sino de fe. El evangelista San Juan, al final de su obra, confiesa con claridad cuál es su finalidad: «... y estas [señales] fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre» (Jn 20, 31). Su principal cometido, entendiendo por tal el del conjunto de los cuatro Evangelios, es el de ofrecer un testimonio de la vida, los hechos, la predicación, y el significado de Jesús, con el fin de extender su doctrina, para que así otros crean en él.

Y aunque, sometidos a los múltiples criterios de historicidad que se manejan en la investigación actual, han demostrado ser las fuentes históricas más fiables de que disponemos, no hemos de olvidar que es la citada faceta testimonial, y espiritual, la que prevalece por encima de las demás. A este respecto, podemos decir que son una lograda biografía propia de su época, al estilo grecorromano del siglo I d. C., donde se aunaban los hechos históricos con los discursos que facilitaban el conocimiento de la identidad integral del personaje. Ahora bien, no podemos abordarlos como una semblanza, o libro de historia, tal y como lo entendemos en nuestros días, aunque en sus páginas haya grandes dosis de historicidad, y buscasen ser coherentes con los dichos y hechos de Jesús, o cuando menos con el espíritu del personaje.

Siguiendo las normas helenísticas de una narración biográfica, tal y como se realizaba en aquella época, san Mateo expone los hechos maravillosos de la infancia del héroe, como referencias a la importancia futura del personaje: su nacimiento prodigioso, peligros en sus inicios, milagrosa salvación del infante, etc., poniendo de manifiesto la dignidad divina de Jesús ya desde sus primeros días, y presagiando desde el principio una grandeza sin igual.

San Mateo, el evangelista que presentó la vida de Jesús como el cumplimiento de las promesas que Dios había hecho en el Antiguo Testamento a su pueblo, incidiendo en los hechos y en su sentido. CARAVAGGIO, *La inspiración de san Mateo* (1602). Iglesia de San Luis de los Franceses, Roma.



Es precisamente este aspecto, el del sentido de las narraciones que sobre la concepción y el nacimiento de Jesús nos han llegado, el que más nos interesa¹, pues

¹ No es el objetivo de esta obra tratar los aspectos históricos de la vida de Jesús; sin embargo, y dado el gran interés que tiene el tema de la veracidad de los Evangelios, recomiendo algunos libros que abordan con claridad los criterios de historicidad que nos permiten, actualmente y con las debidas reservas, discernir hasta qué punto podemos dar crédito histórico a los mismos. Por si son de utilidad para el lector: QUESNEL, Michel y GRUSON, Philippe (dirs.). *La Biblia y su cultura. Jesús y el Nuevo Testamento*. Bilbao: Sal Terrae, 2002; PIÑERO, Antonio. *Guía para entender el Nuevo Testamento*, Madrid: Trotta, 2006; en conjunto la obra de MEIER, John P. *Un juicio marginal. Nueva visión del Jesús histórico*. 4 tomos. Estella: Editorial Verbo Divino, 1998; y, de manera más modesta, la propia biografía histórica que se publicó en esta misma colección en 2009.

en este esfuerzo y exposición del sentido de la vida del Nazareno desde sus inicios es donde los evangelistas que nos ocupan volcaron sus conocimientos, experiencias y conclusiones sobre el lugar que ocupaba Jesús en la historia; y sobre el tipo de mesianismo por el que había optado, evidenciado en las situaciones, principios y actitudes que rigieron los hechos de su nacimiento, y en los de los personajes que tuvieron parte en los mismos. Estos significados profundos de los relatos de la infancia, y de sus episodios, han constituido el sentido de la Navidad a lo largo de toda su existencia, así como de muchas, aunque no de todas, sus tradiciones.

Por tanto, y tratándose del mensaje esencial de la misma, hablaremos de este aspecto en el momento de abordar cada una de las costumbres o ritos navideños, en el deseo de ofrecer así una visión completa de las prácticas, ceremonias, valores y sentidos de las fiestas de la Natividad.

EL LUGAR DE LOS HECHOS. LA GRUTA DE BELÉN

Desde tiempos muy tempranos, y próximos a los hechos, el interés por el nacimiento e infancia de Jesús no se ciñó exclusivamente a los acontecimientos y significados que en ella se dieron, sino también a los lugares donde acontecieron. Como hemos visto unas líneas más arriba, antes de finales del siglo I d. C. ya se habían elaborado los dos textos más importantes, desde un punto de vista histórico y religioso, en lo tocante a este hecho de la biografía del Nazareno. Muy poco tiempo después, en el siglo II, algunos de los santos padres, o cronistas, de la Iglesia primitiva dejaron ver en sus escritos el interés que la gruta de Belén tenía ya para aquellos cristianos.

Las referencias son escasas pero reveladoras por la fecha e importancia que conceden al lugar.

La primera referencia la encontramos en la obra del filósofo y mártir del siglo II san Justino² titulada *Diálogo contra Trifón*. Su conocimiento de la cueva se cree que procede de una información, o tradición, que circulaba entre los cristianos de Palestina en su época, y de la que se nutrieron también los Evangelios apócrifos.

Cómo José no tenía dónde albergarse en este pueblo (Belén), entró en una gruta próxima a la localidad y, mientras estaban allí, María dio a luz al Cristo y le puso en un pesebre, donde le encontraron los Magos venidos de Arabia.

San Justino Mártir, *Diálogo contra Trifón* 78

También en el siglo II, hacia su mitad, un escrito apócrifo como es el *Protoevangelio de Santiago* nos habla del lugar de la Natividad, a la entrada de Belén, no muy lejos, según refiere más adelante, de la tumba de Raquel:

Cuando llegaron a mitad del camino (entre la primera parada y Belén), José encontró una gruta precisamente en ese lugar y allí condujo a María.

Protoevangelio de Santiago XVII-XIX

² San Justino nació en Naplusa (Nablús, Cisjordania, Palestina), se cree que a inicios del siglo II. De padres paganos, estudió en varias escuelas filosóficas y se convirtió al cristianismo en la misma Palestina entre los años 132 y 135. Mantuvo una polémica, o discusión filosófica, en el año 136 d. C., en la ciudad de Éfeso, con un judío llamado Trifón. El contenido de la misma, *Diálogo contra Trifón*, debió redactarse sin embargo hacia el año 150. Murió en el año 165.

A mediados del siglo III, el exégeta Orígenes³ (185-254) daba testimonio personal, para información de cristianos, paganos y escépticos, de la existencia material de la citada cueva donde Jesús vio la luz:

A propósito del nacimiento de Jesús en Belén si, además de la profecía de Miqueas y de la historia escrita en los Evangelios por los discípulos de Jesús, algunos quieren otras pruebas, que sepa que según lo que dice el Evangelio sobre su nacimiento, se muestra en Belén la gruta donde nació y en la gruta el pesebre en el que fue fajado. Lo que se muestra es notorio en estos lugares a todos, aun a las personas ajenas a la fe, es decir, que en esta gruta nació Jesús adorado y admirado por los cristianos.

Orígenes, *Contra Celso* I, 51

Pero el sitio no sólo atrajo la atención de los cristianos. Contamos con relatos que nos informan de la existencia de un bosque sagrado en este y otros enclaves trascendentales para el cristianismo. De hecho, el obispo san Cirilo⁴ de Jerusalén, en una de sus catequesis escribe:

³ Orígenes (185-254), padre de la Iglesia nacido en Alejandría (Egipto). Hijo de padres cristianos, quedó muy impresionado ante el martirio de su padre en el año 202, decidiendo entonces convertirse en maestro de la fe. Gran estudioso, alcanzó una sólida reputación por sus enseñanzas. Una de sus obras más conocidas es su tratado *Contra Celso*, finalizado en el año 248. Celso era un filósofo griego, de credo pagano, del siglo II que escribió un ensayo contra el cristianismo, ante las numerosas conversiones que recababa, titulado *Discurso sobre la verdad*. Ordenado en el año 230, Orígenes se instaló definitivamente en Palestina, donde sufrió la persecución ordenada por el emperador Decio en el año 250 y la consiguiente tortura. Tras ser liberado murió en el año 254.

⁴ El obispo san Cirilo nació en la propia Jerusalén (Israel) en el año 315. El texto en el que nos habla de esta arboleda corresponde a una de las catequesis que impartió a aquellos catecúmenos que se preparaban para el bautismo, hacia el 348, poco antes de ser nombrado obispo de la ciudad. Buen conocedor de Belén

Y tu Belén, casa de Efrata... Tocante a estos lugares, tú que eres de Jerusalén conoces lo que significan estas palabras del salmo 131: «He aquí lo que hemos oído en Efrata, lo que hemos hallado en los campos de los bosques». En efecto, hasta hace pocos años el lugar [del nacimiento de Jesús] estaba cubierto de árboles.

San Cirilo de Jerusalén, *Catequesis* 12, 20

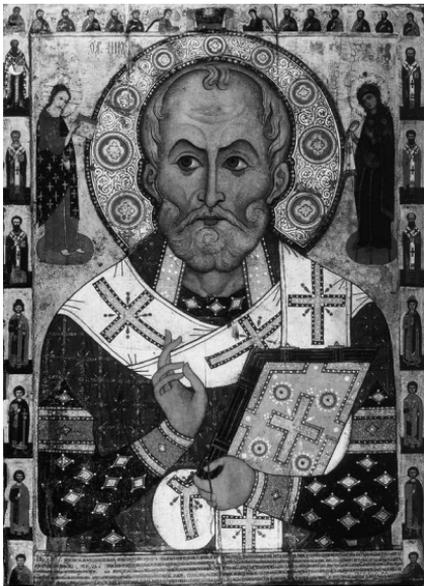
San Jerónimo⁵ (342-420), por su parte, en una carta a su amigo Paulino de Nola complementa y clarifica el texto anterior, ya que comenta que:

Desde los tiempos de Adriano hasta el reinado de Constantino, durante cerca de ciento ochenta años, se adoraba en el lugar de la Resurrección la imagen de Júpiter y sobre la roca del Calvario una estatua de mármol de Venus puesta por los paganos, creyendo que con su intención persecutoria extirparían la fe en la resurrección y en la cruz si profanaban con ídolos los Santos Lugares. Belén, que es actualmente nuestro, y el lugar más augusto del mundo [la gruta]... estaban cubiertos por la sombra del bosque sacro de Tammuz, o sea, de Adonis, y en la gruta donde Cristo emitió los vagidos de recién nacido, se lloraba al amante de Venus.

San Jerónimo, *Carta 48 a Paulino de Nola*

(Cisjordania, Palestina), la referencia al bosque se debe a que alguno, si no varios, de los neófitos también conocía el sitio. San Cirilo murió en el año 387.

⁵ San Jerónimo (342-420) es uno de los cuatro santos padres de la Iglesia latina. Como sacerdote y hombre de grandes conocimientos recibió, en el 382, el encargo del papa de traducir las escrituras griegas y hebreas al latín, lengua habitual del pueblo. De aquí que su traducción se conozca como *Vulgata*, palabra latina que significa 'común'. Para efectuar mejor su labor se trasladó a Palestina, y escribió esta carta en el año 395. Para entonces debía conocer bien las tradiciones locales cristianas anteriores a la construcción de la basílica de la Natividad, comenzada en el 328, pues hacía ocho años ya que vivía en Belén.



Icono ruso de san Nicolás, obispo de Myra, santo cuya devoción se halla muy extendida, protector de múltiples y variados colectivos y patrón de la propia Rusia.

Y es que, durante el siglo II, tras la represión de la segunda revuelta judía (132-135), el propio emperador Adriano, con el fin de evitar nuevos levantamientos que provocasen inestabilidad en el Imperio, quiso desarraigar de Palestina todo tipo de recuerdo religioso judío o cristiano sin distinción. Y así, entre otras medidas, hizo erigir sobre el monte Gólgota y el Santo Sepulcro un recinto sagrado y un templo dedicados a Venus y a Júpiter respectivamente, mientras que en Belén, sobre la gruta de la Natividad y sus alrededores, ordenó plantar árboles que formaban un bosque sagrado dedicado a Tammuz Adonis, divinidad amante de Venus. Tales gestos no lograron los resultados previstos, a juzgar por declaraciones como la ya citada de Orígenes. Los cristianos locales siguieron venerando la gruta, y a tenor de la medida imperial, podemos concluir que los lugares relacionados

con la vida de Jesús en general, y con su nacimiento en particular, eran ya conocidos y gozaban de cierta notoriedad para los fieles de aquellos primeros siglos.

SAN NICOLÁS DE MYRA, UN OBISPO DEVOTO Y CARITATIVO

La vida y la época de una figura muy popular

Hacia el año 270, o según otros estudios el 280, nació en la ciudad de Patara, en la provincia de Lycia (ruinas de Celemiç, junto a Kalkán, Turquía), un niño llamado Nicolás. Hijo de padres cristianos, de posición económica desahogada, fue educado en el credo de sus mayores, recibiendo una buena formación, seguramente la misma que tenía cualquier otro párvulo romano cuya familia dispusiera de medios para permitírsela. Lamentablemente Nicolás quedó huérfano pronto, a causa de una epidemia que acabó con la vida de sus progenitores, y recibió en herencia una considerable fortuna.

La vocación religiosa debió de surgir muy pronto en él, pues tras entregar todo su patrimonio a los pobres, ingresó en el monasterio de Sion, y fue ordenado sacerdote a los diecinueve años por su propio tío, el arzobispo de la ciudad de Myra (Demre, Turquía). No había pasado mucho tiempo cuando este falleció, viéndose Nicolás elevado al cargo vacante, según la tradición, de forma providencial. El relato de esta narra cómo los presbíteros encargados de elegir al nuevo patriarca no llegaban a un acuerdo sobre quién debía hacerse cargo de aquella comunidad, por lo que pactaron, finalmente, nombrar a aquel sacerdote que primero atravesase la puerta del templo donde se hallaban reunidos. No hemos de decir que fue Nicolás el que lo hizo, convirtiéndose así en el nuevo arzobispo de Myra, a pesar de

su juventud y de sus deseos de retirarse a la Tebaida⁶, en Egipto. En este apartado paraje esperaba el joven sacerdote llevar una vida de mayor soledad y oración, algo que le resultaba muy difícil en la ciudad debido a la abrumadora notoriedad que había alcanzado con sus obras de caridad y auxilio a familias pobres y a niños, a quienes regalaba juguetes que él mismo fabricaba.

Entre los años 303 y 305 los cristianos del Mediterráneo oriental fueron perseguidos por orden del emperador Diocleciano (284-305). En el desarrollo de la misma, Nicolás fue detenido, encarcelado y atormentado, quemándosele la barba. Llegado al trono imperial Constantino (306-337) mandó liberar a estos cautivos, y con ellos al obispo de Myra.

Unos años después, en el 325, la tradición le ubica en Nicea (Iznik, Turquía), participando en el trascendental concilio⁷ que tuvo allí lugar para el cristianismo. Algunos escritos afirman que asistieron trescientos diecio-

⁶ Región desértica de Egipto próxima a Tebas, de donde toma su nombre. A partir del siglo III, y debido a la actividad de san Antonio, se convirtió en lugar escogido de retiro de ermitaños cristianos. También en Hispania (España) hubo un lugar elegido por los eremitas, desde el siglo IV, para llevar una vida al margen del mundo centrados en la oración; el valle del Silencio, al sureste del Bierzo, en León, más conocido como la Tebaida Leonesa.

⁷ El Concilio de Nicea (325) fue la primera reunión general de todos los obispos de la cristiandad. Convocado por el emperador Constantino, se calcula que asistieron entre doscientos veinte y doscientos cincuenta obispos, con un tema central, el arrianismo. Arrio (256-336) fue un sacerdote libanés que argumentaba que Cristo no era Dios, pues había sido creado por este de la nada. Los arrianos vieron crecer pronto su número, convirtiéndose en formidables y violentos opositores a la ortodoxia. Los derramamientos de sangre fueron frecuentes por parte de ambos grupos. Finalmente esta corriente fue condenada en el transcurso del concilio, pese a las explicaciones de su autor, que había sido invitado al mismo. Los obispos adoptaron como medida redactar una profesión de fe, la misma que aún hoy se

Icono del Concilio de Nicea, presidido por las Sagradas Escrituras flanqueadas por el papa Silvestre I y el emperador Constantino. Arrio, condenado en el mismo, aparece a los pies de estos, en el suelo.



cho obispos, cuyo nombre en la mayoría de los casos no conocemos, como tampoco aparece el de Nicolás, aunque se considera cierta su presencia en la citada asamblea, por la coincidencia existente entre la vida del prelado, en cuanto a sus coordenadas espaciales y temporales, y la fecha y el lugar de celebración del concilio.

Doctrinalmente Nicolás se distinguió por su defensa de la divinidad de Cristo frente a la herejía arriana, y por su acoso al todavía dinámico paganismo romano, muy activo en la región en torno a los cultos de Artemisa y Apolo. Esta lucha entre la nueva religión triunfante y el viejo credo oficial romano caracterizó los siglos finales del Imperio, y el cristianismo finalmente se alzó con la victoria, en parte por el apoyo popular y en parte por el

recita en todas las iglesias, conocida como Credo, y que profesa: «en un Señor Jesucristo... Dios verdadero de Dios verdadero».



Sepulcro de san Nicolás en Myra, donde sus restos reposaron hasta que fueron robados en plena Edad Media por comerciantes italianos.

soporte imperial. Consecuencia de la protección que a la Iglesia brindaron algunos emperadores fue la creación de una nueva legislación estatal que, con el paso del tiempo, condenó los antiguos santuarios romanos y dio poderes a los obispos para tomar medidas al respecto. Así fue como Nicolás pudo ordenar la destrucción del templo de Artemisa en Myra, el más famoso y grande de Lycia, así como la de varios edificios paganos más.

Y hasta aquí llega lo que sabemos históricamente del que habría de ser el futuro san Nicolás, unos pocos datos teñidos ocasionalmente de leyendas que no podemos contrastar totalmente: su nacimiento en Patara en el siglo III, su vocación religiosa, su elevación al episcopado de la ciudad de Myra, la persecución sufrida, su muy probable participación en el Concilio de Nicea y la fama que le acompañó hasta su muerte y después de esta. Los datos limpios son estos; no obstante contamos con una serie de tradiciones sobre el personaje, recogidas por san Metodio (815-885), obispo de Constantinopla,



Uno de los milagros más celebrados de san Nicolás fue la intercesión, y posterior perdón, de tres oficiales romanos condenados injustamente. РЕПИН, Илья. *San Nicolas de Myra salva a tres inocentes de morir* (1889). Museo Estatal Ruso, San Petersburgo.

en su biografía sobre san Nicolás, pero que provenían de tiempo atrás, indicándonos así la devoción que despertaba este.

Queda por dilucidar, si es que ello es posible algún día, si estas viejas narraciones guardan mucho, poco o nada de verdad histórica, lo que no es razón para no exponerlas en este libro, aunque con las debidas reservas. Muy especialmente debemos hacerlo por la importancia que las citadas tradiciones van a tener en el posterior proceso de definición de nuestro santo obispo, por la información que nos aportan para comprender el auge de la piedad a la que movía, e incluso por ser la base de muchas de las costumbres e iconografía que le acompañan actualmente.